

CARLOS FUENTES: PERSPECTIVAS CRÍTICAS

por

EDITH NEGRÍN
JEAN FRANCO
MAARTEN VAN DELDEN
GEORGINA GARCÍA-GUTIÉRREZ
HÉCTOR PEREA
SERGIO LÓPEZ MENA
LAURA NAVARRETE MAYA
POL POPOVIC KARIC

compilador

POL POPOVIC KARIC

introducción

JAIME LABASTIDA



ITESM



ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| AGRADECIMIENTOS | 7 |
| INTRODUCCIÓN. CARLOS FUENTES: ENTRE EL ENSAYO Y LA FICCIÓN, por JAIME LABASTIDA | 11 |
| <i>LA CABEZA DE LA HIDRA</i> , ENTRE LA CULTURA Y EL PETRÓLEO, por EDITH NEGRÍN | 21 |
| LAS MUJERES DE CARLOS FUENTES: LA CORTADA E INCISIÓN, por POL POPOVIC KARIC | 45 |
| <i>LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE</i> DE CARLOS FUENTES: ENTRE EL ORDEN Y EL DESORDEN, por JEAN FRANCO | 61 |
| EXTREMO OCCIDENTE: CARLOS FUENTES Y LA TRADICIÓN EUROPEA, por MAARTEN VAN DELDEN | 79 |
| RECREACIÓN DEL FAUSTO Y DEL DON. JUAN: <i>INSTINTO DE INEZ</i> , por GEORGINA GARCÍA-GUTIÉRREZ | 95 |
| CARLOS FUENTES: VISIONAR IMÁGENES, por HÉCTOR PEREA | 115 |
| LECTURA Y RECUPERACIÓN DE <i>TERRA NOSTRA</i> , UN ACTO DE JUSTICIA, por SERGIO LÓPEZ MENA | 139 |
| <i>EL TUERTO ES REY</i> , TEATRO PARA LA REFLEXIÓN, por LAURA NAVARRETE MAYA | 157 |
| LA BÚSQUEDA DEL PADRE EN <i>GRINGO VIEJO</i> por POL POPOVIC KARIC | 173 |

En el primer Coloquio Literario de la Feria Internacional del Libro de Monterrey en 2001, se reunió un grupo de profesores e investigadores para rendir homenaje al gran escritor mexicano Carlos Fuentes. De una manera informal, los integrantes de este grupo, Jean Franco, Maarten van Delden, Georgina García-Gutiérrez y Pol Popovic Karic, acordaron profundizar y ampliar sus investigaciones presentadas en el coloquio, invitar a sus colegas a participar en un segundo coloquio sobre dicho autor y preparar una compilación que refleje sus perspectivas. De este trabajo colaborativo nace una compilación integrada por los trabajos de investigación mencionados anteriormente y los de Edith Negrín, Héctor Perea, Sergio López Mena y Laura Navarrete.

En los trabajos de esta compilación se buscaron perspectivas de la obra de Carlos Fuentes que no fueron elaboradas anteriormente. Éstos reflejan un esfuerzo en el cual la novedad en la crítica literaria va a la par con la polivalencia inagotable de la escritura del autor. Toda clasificación de dichos ensayos en el índice sería de cierta manera artificial, así que el título de cada ensayo debe ser el mejor preámbulo a la lectura de éstos.

POL POPOVIC KARIC

INTRODUCCIÓN.

CARLOS FUENTES: ENTRE EL ENSAYO Y LA FICCIÓN

JAIME LABASTIDA*

Todos los hombres somos, al mismo tiempo, lo saben ustedes bien, un hombre y muchos más. Aquello que en el siglo XVIII se postuló con tanto afán, el hombre individual, el indiviso, el que no podía ser dividido en nada más simple aún, no existe. Dentro de nosotros mismos habita y se yergue, acaso desde la sombra, otro, el Otro. He aquí el fantasma de nuestro tiempo, la presencia del Otro.

En un inicio, el Otro fue considerado enemigo, un ente ajeno, diferente a mí, tanto, que era preciso vencerlo, destruirlo, hundirlo. Hubo pueblos que se soñaron únicos, acaso homogéneos; desearon prohibir al Otro y expulsarlo de su seno, mutilándose a sí mismos. Ustedes saben bien que el mismo año en que Colón descubrió el planeta, cuando, al ver las tierras de América, nos dio la dimensión exacta del mundo, España se unificó en un solo reino y expulsó a los judíos y a los árabes. También ese año fue publicada la primera gramática de una lengua moderna, la gramática española de Alonso de Nebrija. Esos hechos le dieron unidad a España, pero esa unidad fue, para nuestra desgracia, al propio tiempo, una mutilación. Antes de ese año de 1492, los reyes de España gustaban de ser llamados reyes de tres religiones: eran católicos en verdad, o sea, universales: reinaban sobre hombres que profesaban tres religiones distintas, la musulmana, la judía y la cristiana.

Digo lo anterior a propósito de Carlos Fuentes porque él, como otros muchos escritores, es uno y varios, a la vez. Acaso me sea posible decirlo de otro modo: hay muchos Fuentes en Carlos Fuentes, en tanto que son muchas las fuentes de las que se forma el inmenso río, el gran caudal que es la literatura de Carlos Fuentes.

* El Colegio de Sinaloa, Academia Mexicana de la Lengua, Siglo XXI Editores.

Como tantos escritores nuestros, Fuentes se dedica tanto a la narrativa como al ensayo: parece un rasgo de toda literatura que se escribe en la América hispana una vez lograda la Independencia. Paradigmas posibles (o imposibles, como todos los paradigmas): de un lado, Alfonso Reyes; de otro, Jorge Luis Borges, ese mismo que dejó escrito que nadie podía escribir de igual manera el español, ya que había existido Alfonso Reyes. Así, para Borges, la literatura en lengua española se podría dividir en dos grandes segmentos: uno antes y otro después de Reyes (¿podría decirse que, en español, hay literatura AR y DR?). ¿Por qué Reyes, por qué Borges? ¿Por qué traigo aquí, a propósito del escritor que hoy nos convoca, esas figuras señeras, las de aquellos dos escritores paradigmáticos? Por una razón tan sólo: porque ambos, a pesar de ser escritores de una sola pieza, profesionalmente dedicados al oficio de escribir, fueron a la vez también, en su escritura, uno y muchos, como Fuentes.

Alfonso Reyes se quiso ensayista, al modo del ilustre Michel de Montaigne, es cierto; pero eso no le impidió soñarse como poeta y, en ocasiones, como narrador. Borges fue narrador, acaso y por encima de todo, pero fue también ensayista y poeta. Fuentes, como ellos, no sólo es narrador, sino ensayista y desarrolla, en el género, múltiples registros: la historia, la política, la crítica literaria. Acaso pueda decirse de todos los escritores latinoamericanos que son (que somos) uno y muchos. La obra de Octavio Paz también es múltiple y compleja: destaca igual en el ensayo que en la poesía. He aquí el asunto central: la escritura de estos autores tiene la misma eficacia y el mismo nivel, en cualquiera de los géneros a que se dedique.

Leopoldo Alas escribió alguna vez una crítica mesurada, y al mismo tiempo justa, a propósito de un libro de poemas de nombre *Odas, epístolas y tragedias*, escrito nada menos que por Marcelino Menéndez y Pelayo. Se dirán ustedes, sin duda, ¡cómo es posible!, el ensayista, el prolijo, el minucioso investigador de la literatura, ¡también poeta! Clarín sabía que Menéndez y Pelayo no era un gran poeta y que no se hallaría jamás a la altura de Garcilaso, Quevedo, Góngora o Sor Juana. Pese a todo, lo trató con respeto. Dice que en el libro de versos de Menéndez y Pelayo nunca se hallará un solo disparate, sino versos exactos y acompasados. Es obvio que la tarea crítica de Menéndez y Pelayo no puede ser equiparable a su trabajo de poeta. En cambio, en Clarín hallamos una vez más la presencia del genio, ya que, ade-

más de enorme, sagaz crítico literario, fue también, aun cuando lo haya sido sólo una vez, un narrador de primer orden (*La regenta* es la cumbre de la novela española en el siglo XIX). Lo que debo decir es que la escritura de Fuentes, como la de Reyes, Borges o Clarín, que aquí y ahora he recordado, es obra de excepción, se trate de narrativa o ensayo, mientras que la de Menéndez y Pelayo fue excelente sólo en el ensayo y mediocre en la poesía. La obra del Fuentes ensayista es tan valiosa como la obra del Fuentes narrador.

No pretendo (y aunque lo pretendiera, sería tarea imposible) ocuparme, en estas breves palabras, de los vastos registros en que está escrita la obra proteica de Carlos Fuentes. Además, en los años recientes Fuentes ha ampliado su labor de observador y crítico de la realidad cotidiana, en especial en el área de la política nacional e internacional, lo que se expresa en sus contribuciones permanentes a la prensa diaria. Mi intención es otra. Apenas la de trazar algunos rasgos, tal vez característicos, de su prosa.

El primero de esos rasgos: la vinculación necesaria entre el presente y la historia. Acaso deba decir que, según lo entiendo, el tiempo narrativo en la novela de Fuentes nunca es circular. Tal vez en algunos casos pueda llegar a ser lineal, pero jamás vuelve a su punto de partida. El tiempo, en Fuentes, tampoco se enriquece en el proceso de la narración. Parece como si se tratara de un tiempo, no sé si decirlo así, coagulado o de un presente helado. Sería desde luego un lugar común, una vulgaridad, decir que el presente viene del pasado y que esto es lo que desea subrayar Fuentes; pero decirlo sería una obviedad y no es tal asunto lo que se halla en la narrativa de Fuentes, creo. Veamos el caso, sintomático, de *Aura*.

La anciana que el protagonista, Felipe Montero, amará en ese breve relato parece inicialmente desdoblarse en dos personajes: por un lado, la anciana, Consuelo Llorente; por el otro, la joven Aura, la sobrina de quien se enamora apasionadamente el joven Montero. En un principio hay dos personajes femeninos, la tía y la sobrina, que poco a poco se funden en uno solo. Cuando Montero posee a la joven Aura, en una clara transgresión del límite, primero en la habitación que le ha sido asignada, luego en la recámara de la joven y al fin en el cuarto de la anciana, el tiempo parece retroceder cada vez, hasta que la joven se vuelve la anciana. ¿Había dos mujeres en el relato? ¿O eran una sola? Aquella casa sin luz, en el centro de la ciudad de

México ¿es el símbolo de un tiempo coagulado? ¿Nada se mueve en el tiempo de nuestro país? El tiempo que corresponde a la derrota del Segundo Imperio ¿es el mismo de hoy? Si Montero ama a la anciana Llorente ¿ama en verdad a la joven Aura? ¿Qué clase de tiempo narrativo es el que Fuentes nos presenta en la breve narración? ¿El tiempo coagulado? ¿Quiere decir que aquel tiempo, el que corresponde al fin del Imperio de Maximiliano, el tiempo en el que vive y muere el General Llorente, es el tiempo del México actual? Fuentes ¿desea decir que en México nada cambia? ¿Y qué sucede con el joven Montero? ¿Se transforma en anciano? He aquí una obsesión, ya que, una vez y otra, Fuentes dice que el México de la conquista aún está vivo y resurge en cada uno de nosotros.

Acaso podría decir que esta obsesión temprana por el tiempo de la historia (o por el tiempo mexicano de la historia), le viene al escritor Carlos Fuentes de una preocupación infantil: aquella en la que pretende unir su vida inicial, vivida en el extranjero, a su vida presente (que huye de él). No sé cómo decirlo; sé, desde luego, que la ficción o la preocupación del narrador no es idéntica, en manera alguna, a la preocupación del ser viviente. El verbo *narrar* tiene su raíz en el latín clásico y se opone a *ignaro*, el ignorante. El narrador hace conocer a otros hombres aquello que ignoran. El narrador es el reverso del ignaro, pero el narrador no es historiador ni lo aqueja la fiebre por la verdad. No digo que el Fuentes narrador se empeñe en recuperar su infancia perdida (aunque, por otro lado, ¿qué hace el escritor, a lo largo de sus días, sino dar vida a los recuerdos de su infancia?). Es obvio que una cantidad nada despreciable de los temas narrativos que ocupan las mejores y más lúcidas páginas de la obra de Fuentes vienen de lecturas y no de vivencias personales. No hago ningún reproche, me limito a registrar un hecho, pues un poema hace nacer otro poema; un libro engendra otro libro y todas nuestras palabras tienen vástagos. Reyes y Borges serían una pura nada sin sus lecturas. Lo que intento decir es que buena parte de los textos de Fuentes ha nacido de las que fueron sus primeras lecturas, acaso en especial, de *El laberinto de la soledad* y los textos graves, los textos filosóficos de los años cincuenta en México.

Las preocupaciones del Fuentes inicial, tal y como se hallan en *La región más transparente*, en *La muerte de Artemio Cruz* y en la misma *Aura*, tienen su origen en una preocupación característica del México de